

Capitulo IX

Mi mente se expande y achica a cada instante...



Después de años de intentarlo, pude alquilar con varios médicos, una casita de dos plantas, para instalar un *policonsultorio*.

Ser Jefe de mí mismo y hacer la medicina que quiero. Atender gratis sin pedir permiso a nadie. Y encima, había cobrado el primer pago, después de tres meses de atender al Seguro Médico Social.

Ese dinero extra iba a servir para comprar cosas de lujo en mi casa. Un ventilador, un lavarropas automático, la cerradura del baño para usarlo tranquilo, y hasta podría dar de baja al viejo y destruido sofá-cama.

El paciente que tenía que atender no vino a la consulta, por lo que salí para hablar con Elizabeth, mi secretaria. En la calle, tras el cristal de entrada, observo a dos hombres dirigirse resueltos hacia nosotros. Un tercero, en una moto, queda afuera estacionado.

- *Quédense quietos o los quemamos. Nadie toque nada.*

Uno de pelo corto y ojos negros, da las órdenes. Va directo a mi bolsillo izquierdo y saca el fajo de billetes. Dos mil pesos; los cuenta y ordena que me hagan "*revisión completa*". Mientras cumplen con la orden impartida, separa trescientos pesos y se los guarda aparte ("*¿El que roba a un ladrón, tiene cien años de perdón...?*")

Recorre cada bolsillo y palpa mi cintura. Nada encuentra. Me pone el revólver en el cuello y empuja mi mandíbula hacia arriba. El frío del metal me paraliza. Solo atino a levantar las manos.

- *Tenés más plata, así que largá todo lo que tenés o te quemo...*

Es un gordito joven, que tiene las pupilas extremadamente dilatadas; pálido y ansioso, le tiembla el pulso, no habla sin gritar amenazante y parece seguro de sí mismo. Vomita un odio destilado, que sale a través de sus pupilas.

- *Está pasado de coca o anfetaminas - pienso en mis adentros.*

Respira frente a mi nariz y siento un vaho ácido de alcohol. La mezcla de alcohol y coca es peligrosa, y lo torna más que impredecible.

Mi mente se expande y achica a cada instante. Amargura y desesperación, de ser una víctima indefensa. Me surge el deseo intenso que roben y se vayan. Me pregunto si es sueño terrorífico o pesadilla cruel. Prisionero, controlado en cada movimiento, absolutamente solo y en desprotección extrema, el dominio absoluto que tienen de mi vida, me produce vértigos y náuseas.

El otro se dirige hacia la secretaria y apuntándola con el arma le dice:

- *Dame la caja, ¿dónde está la plata grande?*
- *Se la llevaron – le responde.*

Hay poca plata. Elizabeth llora. El ladrón desesperado mete la mano en la caja y agarra hasta las monedas de menor valor

- *Tírate al piso, PERRA. ¿Decime dónde hay más plata? Quiero más plata ...*

No dejan de apuntarle a la cara y a la sien. Uno dice que hay que revisar la planta alta, que hay más gente.

Se aleja unos pasos el gordo drogado, y quiere matarla. Ella grita implorando que por sus hijos no lo hagan. En un instante de duda, mientras discuten los cacos entre ellos, miro la puerta del baño y sin pensar, me tiro por atrás de Elizabeth abriéndola, y simultáneamente la agarro del brazo y la cubro con mi cuerpo, empujándola hacia adentro.

Pienso que se me viene el tiro. En no más de tres segundos, mi cerebro funcionando “a mil”, imagina la bala entrándome al nivel de la cintura, perforando el riñón, mientras me pregunto quién estará de cirujano en el hospital, de guardia.

Pero la bala no salió (inexplicablemente) y quedamos refugiados en un pequeño baño de un metro por un metro. Me perdonan la vida y solo apagan la luz desde el interruptor de afuera. Me manejo con la luz del oftalmoscopio.

Al rato, introducen a dos mujeres (*una muy obesa*) y un anciano. Luego se escucha un ruido seco que parece un petardo. Pelean entre ellos

- *Lo heriste, gordo pelotudo, te dije que no toques a nadie...*

Empujan a un hombre tambaleante y, cerrando la puerta, amenazan que por una hora no salgamos. Es él medico que atendía en el piso superior; se toca la cabeza y se desploma. Con la luz del oftalmoscopio, alcanzo a detectarle una herida de bala en la parte posterior de la cabeza. Lo siento sobre el inodoro y con horror compruebo que tiene una pupila más grande que la otra, y que respira boqueando.

Somos seis personas navegando a la deriva en un metro cuadrado diminuto. Propongo salir, pero me frenan. El miedo y el terror nos inundan, nos ahogan.

No tengo alternativa. Le introduzco el dedo meñique por el orificio de bala. Cuando lo retiro, mana abundante sangre y en pocos minutos se normalizan sus pupilas y la respiración.

Vuelvo a proponer salir y me lo impiden. Negociamos, y desde el celular de una de las mujeres, me permiten llamar la policía.

Llamo al teléfono de tres cifras de emergencia, pero me dicen que solo tienen jurisdicción sobre el Distrito Federal. Que no sabe el teléfono del partido de Independencia y que no pueden derivarme la llamada. Que estoy en conurbano y que llame a informes... *Sigue saliendo sangre a raudales.*

Recuerdo milagrosamente el número de emergencias para teléfonos celulares. Llamo y aparece un mensaje publicitario: “... *Telefonía celular anuncia su promoción de dos entradas gratis de cine, por su factura pagada a término. Para mayor información llame al 0-800- 00... o ingrese a nuestra pagina www.celulares.com*” **No se le palpa el pulso radial.**

“*Bienvenido al Sistema de emergencias; digite el número del destino requerido. Policía 01, ambulancias 02, bomberos 03, escape de gas en la vía pública 04, escape de gas en un domicilio 05, desmoronamientos 06, otros 07*”. **No se le escuchan latidos en el pecho.**

Digito el número y sigue: “*Distrito Federal 01, Conurbano 02, Villa Hermosa 03, La Salada 04... Laguna Grande 09*” **Empiezo a masajearle el pecho.**

Marco el 02 del conurbano: “*El Trébol 01, La Guardia 02... Independencia 07, Fleming 08*” **Le insufla aire en los pulmones.**

Marco 07 y me pasan la música de la sonata “*Claro de Luna*” de *Beethoven*. **Masaje y reanimación.**

Se corta la comunicación y estallo. Me canso del horror, la ineficiencia y el miedo extremo de un lado de la puerta, y la locura egoísta y asesina que me aguarda en el otro.

Salgo dispuesto a enfrentarme solo con mis puños. No me importa nada. Que sea lo que Dios quiera, a cara o cruz.

Todo está en silencio y vacío. Un vacío que se siente y duele, hasta en los huesos. Los dueños de la vida y de la muerte, ya se han ido.

Recién comienza el drama de volver a vivir, de volver a confiar, de volver a amar al mundo.